

En otras circunstancias, Héctor Perea habría disfrutado de ese paseo al amanecer por la ribera del Manzanares. Por ejemplo, si no hubiera sabido que dos desconocidos andaban buscándole cerca del Puente de los Franceses para darle una paliza.

Héctor hizo un esfuerzo para no pensar en ellos. Apretó el paso y dejó atrás las instalaciones de la piscina El Lago, pensando en la extraña manera en que funciona a veces la mente. ¿Por qué se había encaminado precisamente hacia allí, en aquella fría mañana de primeros de marzo? Ese era un lugar más adecuado para el verano. Recordó la risa de Asunción una tarde de julio en aquella misma piscina, cuyo edificio ahora aparecía desierto, casi fantasmal.

Asunción tenía una risa clara y limpia, la risa de alguien con la conciencia tranquila. La risa de alguien que ha sufrido mucho, pero que jamás ha causado sufrimiento a nadie. Héctor disfrutaba haciéndola reír. Se subía al trampolín de los cuatro metros, se preparaba para saltar, muy tieso, y en el último momento fingía resbalar y caía al agua manoteando como un cómico de cine mudo. Fue la noche de uno de aquellos días de verano cuando concibieron a la criatura que ella llevaba ahora en sus entrañas. En aquella época hacían el amor cada noche, cada mañana, en cada ocasión que se les presentaba.

Últimamente, aquello era muy distinto. Por un lado, estaba el embarazo de Asunción, que ya se acercaba a las treinta semanas y que había tenido ciertas complicaciones. Pero, por otro lado, la relación entre Asunción y Héctor había cambiado tanto como el paisaje de Madrid. Entre ellos se había levantado una especie de muro invisible, pero tan alto y tan recio como la torre de hormigón que estaban levantando en la plaza de España. Héctor se giró hacia allí. Las grúas del que, decían, iba a ser el edificio más alto de Europa se recortaban contra el cie-

lo azul oscuro, demasiado lejanas como para poder leer sus rótulos, aunque Héctor los conocía de memoria: dos de ellas rezaban «Otamendi», pues así se apellidaban los hermanos que habían proyectado aquella mole; y otras dos «Zúñiga», el omnipresente apellido que en los últimos tiempos uno podía ver casi en cada edificio en construcción de Madrid.

Sin ir más lejos, Zúñiga era el apellido que lucía la piqueta que había levantado, semanas atrás, los cimientos de la plaza de los Frutos. Con la calle despanzurrada y salpicada de grúas, y todos aquellos camiones yendo y viniendo de la mañana a la noche, Héctor había ido trasladando sus paseos matutinos hacia barrios más lejanos. Le desagradaba aquella moda de tirar edificios perfectamente útiles para levantar otros nuevos en aras del progreso.

—¿Progreso? ¡*Ingreso* lo llamaría yo! El que le estarán reportando a Zúñiga todas esas obras faraónicas —había sentenciado su amigo Pelayo poco después de recibir una notificación oficial del Ministerio de la Vivienda informándole de que la piqueta iba a tirar el edificio en que se hallaba su bar, El Asturiano.

Héctor se estremeció de frío y se subió las solapas de su gabardina. Se arrepintió de no haberse puesto bufanda. A esas horas, la brisa que bajaba de la sierra le calaba a uno los huesos. Y no había rastro de cigüeñas. Según el viejo refrán, eso quería decir que aún verían alguna buena nevada antes de que terminase el invierno. Metió las manos en los bolsillos de la gabardina no tanto por el frío como por asegurarse, una vez más, de que su Star Super estaba bien colocada en su bolsillo derecho, lista para ser extraída con un gesto rápido. Héctor palpó a ciegas el lado izquierdo de la pistola. Deslizó un dedo sobre las letras grabadas en el costado —Bonifacio Echeverría, Éibar— y localizó el pequeño botón junto al mango. Héctor comprobó una vez más —nunca eran demasiadas— que el seguro estaba puesto y siguió caminando.

Le tenía aprecio a esa vieja compañera. De hecho, era la misma arma que había llevado durante los años en que fue inspector primero, y comisario después, en la Brigada Criminal. Si uno hacía caso de lo que decía el comisario Vallejo, era mucho más seguro llevar un revólver. Esos Chief Special americanos tan

populares entre los joyeros, por ejemplo. Pequeños y ligeros, su mecanismo es tan sencillo que jamás se encasquillan. De todos modos, la teoría de Vallejo era que las armas no estaban para usarlas, sino para enseñarlas. Según él, si uno sabía cuándo y cómo mostrar el arma, podía amedrentar a cualquiera sin necesidad de disparar.

—Tener que pegar un tiro ya es una derrota —decía el comisario, que se jactaba de no haber gastado un cartucho desde que terminó la guerra. Alguna vez había jugado a inquietar a los jóvenes inspectores, como Inocencio Bonilla, sugiriéndoles que llevasen el arma sin munición cuando iban a un operativo. Pero Héctor sabía que todo aquello no era más que una muestra del peculiar sarcasmo de Vallejo. En los años que pasó en el Cuerpo, Héctor se había visto envuelto en un par de tiroteos. Y en esos casos, las matemáticas eran claras: las nueve balas de una Star eran mejores que las cinco de un Chief Special.

—¿Adónde vas con ese tabuco? ¿Ahora eres oficial de Infantería? —se burlaba Vallejo, presumiendo de que su 38 corto cabía en el bolsillo del pantalón.

—Yo en el bolsillo del pantalón llevo el tabaco, Vallejo —le respondía Héctor. Había otra razón para llevar un arma de mayor tamaño: la puntería. Aquellos revólveres tenían un cañón tan corto que uno no podía estar seguro de ir a acertarle a una vaca a más de cinco metros. Solo servían para pegar un tiro disuasorio. O para disparar a bocajarro. Y eso sí que habría supuesto una derrota.

—Antes que disparar a alguien con esa cosa, prefiero tirársela a la cabeza —solía decir Héctor. Sin embargo, con su 9 largo, Héctor podía acertar a un blanco en movimiento a diez metros de distancia. Y la recarga de la Star también era más rápida que la de un revólver, siempre que uno hubiera recordado preparar un segundo cargador. Y Héctor jamás lo olvidaba: en ese momento lo tenía bien localizado en el otro bolsillo...

Justo al lado del diario privado de Asunción.

Robarlo había sido una tarea simple, aunque difícil. Héctor acostumbraba a describir así su trabajo de detective: simple pero difícil. Averiguar una verdad que alguien trata de ocultar le resultaba verdaderamente simple. La mayoría de las veces solo

consistía en proyectar sobre una persona una serie de sospechas básicas y después observar al sospechoso durante el tiempo necesario para ver si su actitud confirmaba alguna de las hipótesis. Lo cual, por supuesto, podía llegar a ser difícilísimo. Especialmente cuando el sospechoso es tu propia esposa.

En realidad, Héctor no se sentía mal por haber hojeado días antes el diario de su mujer, ni mucho menos por haberlo robado apenas seis horas atrás. Se había obligado a sí mismo a enfrentar el asunto como una de sus investigaciones. Como si uno de sus clientes, uno de esos empresarios estafados que le encargaban esclarecer un desfalco, le hubiera traído un libro de contabilidad para que analizase los movimientos de dinero. Con ese espíritu analítico, aséptico incluso, se había asomado a aquel montón de cuartillas pulcramente mecanografiadas, que Asunción había taladrado y encuadernado a mano con hilo de bramante.

Por supuesto, era consciente de que, en el momento en que giró aquella tapa de cuero y posó sus ojos sobre la primera de aquellas cuartillas, había comenzado a traicionar la confianza de Asunción de